

Normeio Sanchez llegó a Orinda en el mes de Julio del año 1907 para asistir a la representación de una de sus obras que daba la oportunidad que actualmente la región en el teatro de la localidad; oportunidad que también aprovecharon sus numerosos admiradores para tributarle un homenaje en forma de banquete.

En cuanto tuve conocimiento de su estado me trasladé a la ciudad a saludarlo e invitándole a pasar una temporada en mi establecimiento de campo, suponiendo el beneficio que podría reportar a su organismo el descanso dentro de una vida melancólica y salubre después de años agitados por su propio temperamento de bohemio.

Normeio aceptó de plomo la invitación, con esa alegría infantil que brota de su alma candorosa y se refleja en sus ojos cuando se siente satisfecho por cualquier motivo banal.

Llegó a su lado a su esposa, que había quedado en Monterrey y mientras ella llegaba quedó forjando planes de excursiones, excursiones y charlas esperecimientos que habrían de formar el programa de su vida campesina.

Con todos los elementos necesarios para hacer la vida que quisiera: caballo, vehículo, escopetas, rifle, perro de caza, etc., sin más preocupación que emborronar sus esbozos, que ha de confeccionar nuevos planes para el día siguiente, quedó así instalado.

Hacia la misma vida que nosotros tomamos participación activa en ciertas tareas como paradas de raleos, apacatos, y erras, etc.

con excepción de las domas de póster, en las que reducía su actuación a la de simple, pero entusiasta espectador, con el fin de que el necesitado quedara rico para relatar las hazañas de los finetes.

Cada vez que era necesario madurar, levantándose antes de amanecer el día, y como Horacio se ocupaba con la preocupación entusiasta de la tarea a realizar, al otro día era de los primeros en estar de pie, con su caballo ensillado, junto al fogón, y rodeado del personal que siempre estaba pendiente de su verbal sencilla en relatos interesantes y reciticos. Porque Horacio había actuado tan intensamente en todos los ambientes de la vida; había experimentado observando tan animosamente los detalles más insignificantes de los hechos ocurridos; había experimentado en su propia persona, tan profundamente el dolor de las miserias humanas; conservaba en su memoria tan frescos los recuerdos del pasado, que podía transmitirlos a la escena o a sus relatos con la mayor fidelidad.

Lo más admirable de esta modalidad de "causar" como, era su elasticidad mental que le permitía, sin el menor esfuerzo, adaptar su conversación a la calidad de su auditorio, haciéndola tan interesante en un círculo de intelectuales como en un fogón de paisanos.

Algunas veces se dio el caso de que el personal del establecimiento y vecinos que formaban la rueda, absorbidos en su conversación, dejaban pendiente algún trabajo que hubiera que terminar, y que yo

tercera que llamarles la atención al respecto y entonces la escena terminaba casi siempre con esta frase del paisanaje: "Bueno, Don Florencio, después nos sigue el cuento"

En el interior del hogar, en la vida íntima, era un niño más en la casa, que conjuntamente con mi hijita de cuatro años Alicia Elisa, daban la nota más alta de vida y alegría al ambiente familiar. Conjugábamos perfectamente por que el charcutero, instintivamente, retrocedía en edad a la de la niña, quedando así en igualdad de condiciones para el juego, las pláticas y discusiones que sosteníamos

Era muy frecuente verlo en el suelo, festejando el funcionamiento de algún tornillo, los golpes de alguna sierra, o accionando algún carrito en sustitución del caballo; pero como los asuntos de los niños no es feroces, esos mismos juegos solían dar motivos a reflexiones muy recias en las que el charcutero yo solía coincidir con la poca parte en apóstrofes

Del mismo modo esas discusiones no tenían mayor importancia en el hogar, ni tanta trascendencia social y solo duraban el tiempo necesario para el desahogo de mutuos reproches hasta que terminaban en la consiguiente reconciliación con besos y abrazos.

Después de haber oído ciertos escuipulos personales me permitió elaborar un episodio que debiera quedar reservado a la intimidad, si la necesidad no justificara su trascendencia, para dejar constatado con hechos verídicos la temeridad de aquel

corazón, que después de haber palpitado intensamente en un
 momento más dilatado, consentaba sus verboruebas satisfacciones
 en las pequeñas cosas de la vida.

Algunas vez me dijo Sorenio con sincera emoción: "A tu lado
 he aprendido mucho".

Con un carácter estúpido encarné mi persona; encarné mi
 vida sencilla, sin preocupaciones que alteraran mi espíritu; aborgué
 el panorama cuando se desarrollaba nuestra acción cotidiana
 y no encontraba motivos para que un espíritu selecto y observador
 pudiera extraer la más mínima enseñanza. Si no hubie-
 ra tenido fe en su sinceridad habría interpretado aquella
 frase como una ironía sarcástica que quisiera burlarse
 de mi situación o del grado de mi inferioridad mental, y
 hasta hubiera provocado en mí una reacción enojosa.

Pero el tiempo transcurrió y la experiencia de los años me
 ha dado la clarividencia que entonces me faltó para apreciar
 aquella frase en su verdadero valor.

Hoy, aquellas dos palabras enigmáticas entonces, sintetizan para
 mí, un tratado de filosofía, en cuyas páginas aquel gran talen-
 to, hubiera impreso las conclusiones de su pensamiento a que llegara
 después de un estudio concienzudo en el libro de la vida.

Leví a comprender pues, que el charrocutero se refugia-
 ba en sencillos afectos del hogar para dar expansión a sus
 sentimientos, como si en ellos quisiera encontrar la verdad
 que había de servir de leitmotiv a sus decepciones.

Usando al episodio, que es lo que realmente interesa de
 mí, como datos para quien haya de escribir la historia del
 dramaturgo, después establecido en conclusiones concluyentes
 dadas en su esfera de juicios y fantasías que ya
 empiezo a desnaturalizar en su crítica por su arbitrio.
 Un día, Bonicio, al salir ir a Reptevico a gestionar
 el apoyo oficial para su viaje a Europa, y como yo ima-
 ginaba que sus finanzas andarían de acuerdo con su
 desocupación en la materia, puse en su cartera un
 billete de cien pesos.

A los tres o cuatro días dió la vuelta algo como siem-
 pre y ante que me iba había comprado para su persona,
 dando a sospechar a cualquiera ~~de las personas~~ que ignora
 sus movimientos que el dinero se lo hubiera gastado en
 pomuchelas. Pero el dramaturgo tenía en su rostro una
 expresión enigmática que se particularizaba con la mona
 y dejaba entrever una sorpresa.

Bonicio urgencia en abrir un cajón que concluía y no tar-
 do mucho en hacerlo él mismo, en presencia de su compañero
 de puyos. De allí empezaron a salir muñecas de varias clases,
 bobecitos, tíncitos y otros juguetes, cuya aparición faltaban
 los dos con exclamaciones a cual más ruidosa. Bonicio había
 gastado como sesenta u ochenta pesos en chucherías, sin
 que se comparara ni una con otra, porque la satisfacción que
 experimentaba con la alegría de la mona era mucho mayor

que le de llamar sus necesidades personales.

Cultor también del arte culinario, tomaba muy a menudo la dirección de la cocina, pero más teórico que práctico, necesitaba en esos casos la cooperación de su señora, de los demás familiares, de los sirvientes y hasta del personal de campo, ocupando a unos en el acarreo de la leña, otros en limpiar las cazuelas, otros en batir huevos, otros en la limpieza de enseres y por último, todos resultaban pocos para su tarea tan complicada.

Con todo y a pesar de que algunas veces, las comidas de Estanislao no resultaron todo lo extraordinarias que él presumiera, constituían esas del hogar que recuerdo con cariño por el ambiente de sana alegría en que se celebraban y al que Estanislao imprimía animación con sus cuentos, risas y chistes, dando así la impresión de una fiesta.

Una día se propuso obsequiarnos con una porción. Dijo al "Hotel" de manera instructiva para la preparación del venado y cuando las tuvo en su poder salió al campo, cayó uno, lo hizo cocinar, lo dejó durante seis días en una cuba especial, que, a juzgar por la costumbre de los platos de esas regiones, lo preparó y presentó en la mesa en plato con gran expectación en el semblante como esperando el éxito. . . . Carcajada general! Solo Estanislao comió y como él no podía ingerir todo aquello, el resto hubo que tirarlo a los perros que también hicieron una muestra de repugnancia dando otro motivo para que intensificáramos las bromas.

miendo pero

En esta forma, al lector de estas finchidades, "cosas chicas para el mundo pero grandes para mi" como dijera el poeta gauchesco, se desligaba la estadia de Toranzo en mi establecimiento

Toranzo perfectamente bien; comia con gran apetito, limitando sin la menor violencia el uso del alcohol al vino moderado en las comidas. Diseria perfectamente porque ninguna sentia molestias al estomago y asimilaba mejor nutriendos de un cuarento de peso que llego a diez o quince kilos en los cuatro meses de su permanencia. Los colores de su semblante daban la impresion de una nueva y mas vigorosa vida que se hubiera injectado por sus venas

Contemplandolo asi, en la plenitud de sus energias; considerando la vida abstemica que voluntariamente habia observado en mi caso, chorale contribui a su disposicion con todas las bebidas que pudieran satisfacer sus gustos refinados; abueicando en su valor la posicion triunfante, que despues de tantos esfuerzos lo consagraban como el primer dramaturgo y fundador del teatro nacional; era de suponer que ordenara su vida al nivel de su reputacion para que transmitiera al porvenir todo lo que era dable esperar; y una especie de reaccion se arraigandose en mi espiritu hasta convertirse en culpa.

Des la fuga inexcusable del Polino le arrebató despues por la ronda mas abrupta de la vida, sin que las sanas actividades de la region pudieran aprovecharle de la emancipada en que habia de sus modestos resultados

Eduardo Heredo Díaz, Ministro a la Legación en Italia y
 jefe espiritual de la Legación en sus primeros años pe-
 ródicos, quien tuvo más méritos que nadie para valorar
 la capacidad intelectual y todas las demás condiciones con-
 titutivas de la personalidad del dramaturgo, posiblemente
 contado a sí mismo como uno de los celebradores más eficaces
 en la célebre campaña que originó a aquel ciudadano en ídolo
 de un partido político Eduardo Heredo Díaz, que tanto como
 en la paz le conocí en la guerra, desde el hombre también
 brindó al auxilio de sus compañeros la bestia que lleva en
 cima como para que mucha apreciar mejor todas las facetas
 de su psicología. Eduardo Heredo Díaz dijo, dedica unas
 páginas en su libro . . . a los últimos días

del dramaturgo, que parecerían más apropiadas a
 una conmemoración oficial en la que se quisiera dar
 cuenta de la desaparición de un simple compatriota
 y dejar con tanta especie, como una decepción, de su
 indiferencia en los entornos literarios que le pesaron y de
 su insensibilidad espiritual ante las obras de arte y monu-
 mentos históricos que le mostraron en Roma. Indiferen-
 cia e insensibilidad que sólo puede explicarse en un estado
 patológico en quien, repetidas veces me había manifestado
 un vehemente deseo de ver lo que estorbaba, con-
 sencia por la historia y estado patológico que pudo corroborarse por su
 muerte ocurrida en Roma pocos días después de esa insidiosa

¡Cuéculas disimuladas del que cayó de un pedestal de gloria y quedó al pie para tirar del oco al que pretenda escalarlo aunque fueran con su memoria! -

Cocheado un instante de mi reboto episcopal por destacar una desconsideración que pudiera afectar la cultura literaria y sentimientos artísticos de nuestro clero, mecho a él:

En aquella situación optimista en que dejara el estado físico y espiritual de Stomcio, antes de ponerme en devociones, le pedí que escribiera algo, pero algo que se desarrollara en un círculo de cultura más refinada que la de sus producciones anteriores.

¿Por qué me dijo no me eres capaz?

- Quei comete, por que te eres capaz y desearia una accionte mas en tus asuntos es que te lo pido.

- Bueno, me contestó.

Aquella noche me acordé, pero cubado y dormio, pero me dijo su memoria; probablemente durante forma a la obra y deteniendo en su imaginacion los personajes que habian de actuar.

A la mañana siguiente invité a la novela a dar un paseo por el campo y la conduje en un cochete de mano.

Volvió al almuerzo y me dijo: ya tengo pensado el primer acto, ahora me van a manifestar el guion.

De tarde torció la escobeta y subió solo.

Volví al almuerzo y me dijo: ya tengo el segundo y tercer actos, mañana me sentaré a escribir.

Especialmente, se leucante mas torpeano que de costumbre y di' comienzo a la obra en esta forma:

La niña a su lado, le acariciaba la cabeza con preguntas e impertinencias que quedaban sin respuesta; la señora le estaba mal como de costumbre cuando el charmatungo trabajaba; mi señora y yo conversábamos y víamos en alto voz, mientras que el escriba de corrido, sin cesar, sin detenerse a meditar, apena a todo lo que pasaba a su alrededor, en un estado de excitación nerviosa que acababa en sus ojos, en sus ademanes con las manos libres y en sus gestos.

Terminado el primer acto en la misma mañana, tomé un teléfono para hacer y una consulta profesional a su amigo médico Doctor Juan Eug. Imbelli, sobre una duda relativa a la tuberculosis y apercibido del facultativo del error en que incurria Storbicio al hacer figurar a la protagonista de su obra dominada por la desesperación de su enfermedad, le hice presente la característica de la mayor parte de los tuberculosos optimista de la mayor parte de los tuberculosos, que se abogan a cualquier esperanza antes de morir.

Volví al escritorio, rompí las envolturas que contenían el primer acto y las tiré al cesto.

Después de un almuerzo mas frugal que de costumbre, volví a construir lo que había destruido, escribiendo la faz del

asiento en el sentido indicado por el médico, con la misma facilidad que el anterior y lo dejó terminado en la tarde.

Al día siguiente concluyó el segundo y tercer actos, de corrido, sin descanso, tirando abundantemente de o tres varillas, y la obra quedó terminada como costaba por las letras de su original.

En la noche reunió toda la familia y al personal de la estancia, compuesto de sirvientes, niños y peones, debajo de un arcebol, y empezó la lectura de los derechos de la "Salud" como si fuera ante un público muy competente que habría de dar su fallo para el estreno. Atraída su atención por algunos requiebros, Horacio suspende un momento la lectura, mira a su alrededor y ve a la mayor parte de su auditorio dormido; luego una estúpida adivinación, que debió de a algunos y les pregunta: ¿que tal, muchachos, que les parece?

¡Ay! ¡ay! Sr. Horacio, muy bien.

¿y que es lo que me has leído?

Se rascan la cabeza, se miran unos a los otros y contestan: todo Sr. Horacio, todo es lindo y bonito.

Bueno, dijo, si mi obra no llega a tener aprobación en el teatro la imprimiré en folletos y la venderé a las farmacias para que la usen como remedio infalible.

A los pocos días se fue a Montevideo a estar en su obra con la "Compañía Bullari", desde donde me escribe desde entonces su parte de su escrito teatral así como también de sus proezas financieras en sus aventuras de empresario.

Al final transcribo párrafos de uno de sus cartas, que demuestran con una elocuencia la falta de sentido práctico o despreocupación que tuvo para esclaves de su fama los beneficios materiales que le permitirían comer bollos, como dice él, si se hubiera sido su propósito primordial o su misión literaria.
 ¡Sobre Plomero! No heredó mi adquisición en el mundo mas fortuna que su cerebro y su corazón, y como el funcionamiento de esos órganos lo consagró a toda la comunidad, dejó a sus familiares organizados tan exhausto de substancia mental, que al poco tiempo murió por consunción.

Como el sabio que en un paroxismo de abnegación profesional y como humano, aborrió el gremio de la Eligía para llevar a las generaciones la subección de un flagelo, Plomero también, en el orden moral y en su esfera literaria, aborrió todo el dolor de los humildes para transmitirlos por la escena a una sociedad enferma de prejuicios y amideches.

Como toda la luz de su cerebro la invirtió en iluminar el camino a los demás, siempre siguió a obscuras y a tropiezos por su propio sendero.

Como la capacidad de su alma fue chica para abrigar a tales los dolores de la vida, nunca tuvo espacio en ella donde albergar a su persona. Por eso le honraron ^{viole} siempre a la intemperie de la fortuna, siguió su estrella fatal como el fulgor de la leyenda, arrastrando la maldición de Cristo, y tras poner después el océano para entregar su existencia a la eternidad.

este tiempo donde me conocieron habiéndome conocido antes.

Se contó el final desastroso de mis aventuras de empresario, a
 la siguieron una serie de contratiempos de la peor especie: contratiempos
 económicos

Es cosa del diablo que no pueda nunca adquirir el sentido prác-
 tico de la vida. Cero que si me cayera la lotería del millón, a
 los quince días andaría galqueando por un peso. Desde mi última
 derrota financiera, todas mis tentativas por reponerme me han
 fracasado. La celebridad, la fama, me van resultando con
 fondo pesado y molesto. Cuando escar 122 años me suba más
 fácil cualquier especulación. Ahora tengo que mantenerme en la
 altura de mi reputación en mis exigencias y como el hombre me
 está para bollar y para no bollar comer, no puedo vivir con y
 sin bollar.

Francisco Rojas 1936 y
 Joaquín Sánchez